

anualmente sus alcaldes y regidores que administraran justicia; estableció la enseñanza del latín en el colegio de Santiago Tlaltelolco, fundado para la instrucción de los indígenas y trató de cortar la rivalidad entre los españoles conquistadores y los que después vinieron, contribuyendo mucho este paso á la prosperidad, no solamente de la capital sino de toda la Nueva-España.

Fuen-Leal dió libertad á los indígenas, cuyos encomenderos murieran; dispuso que en las iglesias de regulares no fueran acogidos los retraidos á la autoridad civil, para evitar en su origen porción de disgustos; bajo la administración de aquel esclarecido obispo, México se sintió renacer: los aranceles fueron reformados, se castigó la blasfemia y fué reprimida la licencia introducida por los anteriores gobiernos y llevó á cabo la excepción que del pago de contribución se hizo á los indígenas de la capital y los arrabales. Tantos beneficios atrajeron sobre el benefactor obispo las iras de los encomenderos, que lograron, no solamente destituir al Presidente de la Audiencia, sino que cambiara el sistema de gobierno, nombrándose un virey.

MÉXICO EN EL SIGLO XVII.

V.

Aunque á grandes rasgos, seguiremos el crecimiento que alcanzó México en el siglo siguiente al de la conquista, porque el desarrollo principal lo obtuvo la que es hoy capital de la República en los primeros treinta años de su reconstrucción.

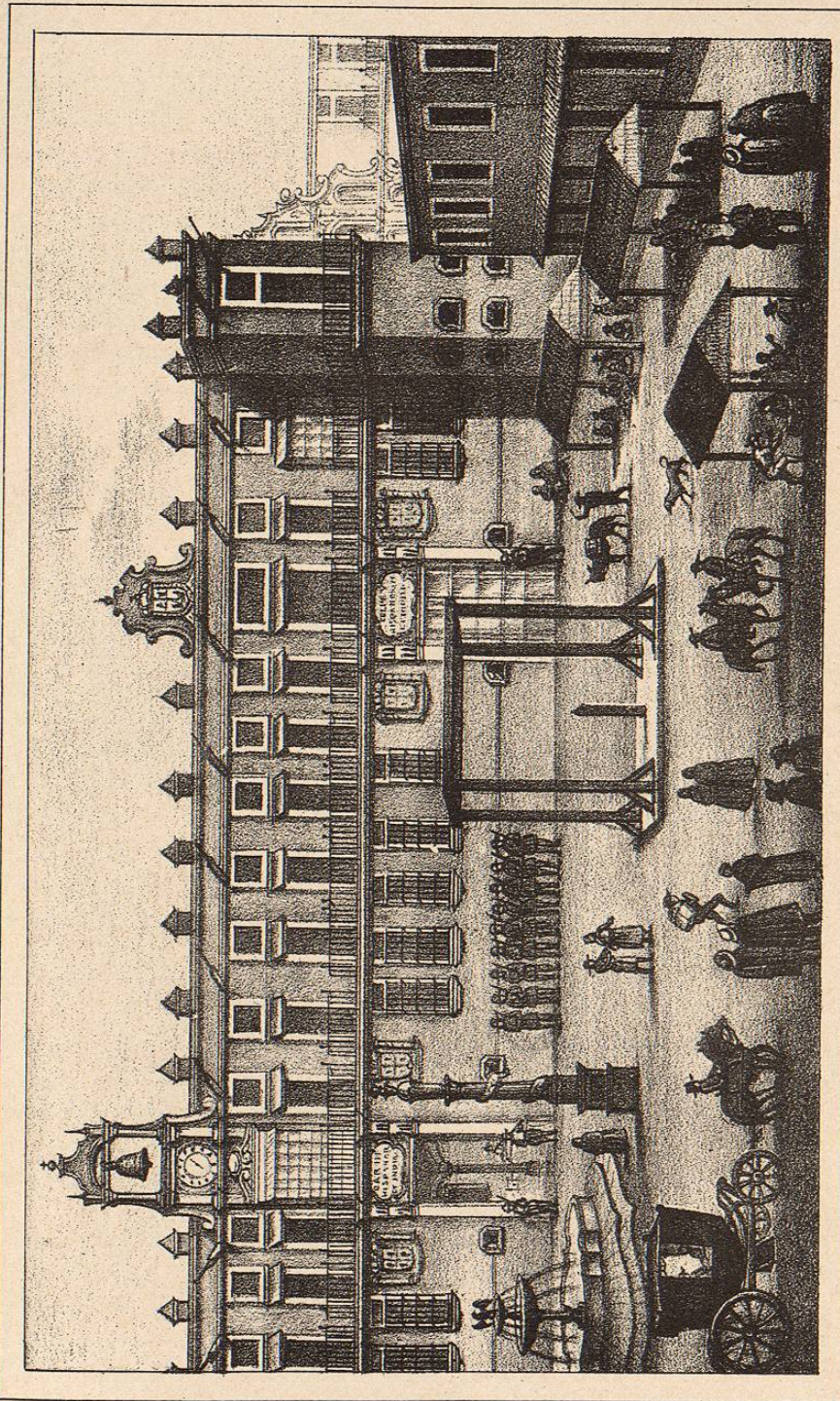
Habia ido aumentando la población española, de manera que en los primeros años de ese siglo, se contaban ya siete mil españoles, y había ocho mil indígenas solamente en Tlaltelolco. El sitio en que estuvieron las casas reales de Moctezuma y el templo mayor, eran ya un notable centro de grande importancia, todo de vecinos españoles, pues los indígenas habían formado barrios por los cuatro vientos, constituyendo una especie de red, dentro de la cual estaba la población española.

Por sus principales calles podían atravesar hasta diez ginetes de frente, y ya había aumentado considerablemente el número de casas de altos, todas de cal y canto con ventanas rasgadas, balcones y rejas de hierro de preciosos dibujos y trabajadas con esmero. Notábase desde entónces, que las calles eran derechas y no tenían ancones, ni vueltas ó vericuetos como la mayor parte de las principales de Europa, y también llamaba la atención lo bien orientadas que estaban de Norte á Sur y de Poniente á Oriente.

Por las acequias había crecido considerablemente el tráfico entre la capital y los pueblos circunvecinos, enorme era el número de canoas que atravesaban la plaza por frente á la Diputación, conduciendo trigo, maíz y frutas, leña, yerbas y legumbres.

Había de particular que los oficios mecánicos estaban repartidos por calles de las que aun se conservan ciertos nombres, como las de Plateros, que son hoy de las mas

México Pintoresco. = Introducción.



LIT. DE MURQUIN.

SIGLO XVIII.

Vista del Palacio Nacional de México, reedificado en los primeros años del siglo diez y ocho.

concurridas y centrales. Las tres plazas principales estaban á continuacion una de otra: hácia el Sur de la Mayor se veia la del Volador ó de las Escuelas y hácia el Norte la del Marqués, dando salida para ésta la puerta del Perdon, de la Catedral. En la Plaza de las Escuelas estaban situadas varias de éstas, y en ella se verificaba el mercado de los indígenas para que estuvieran separados de los mercaderes españoles.

Todavía al principio del siglo XVII la Catedral estaba situada en el mismo lugar en que estuvo el templo mayor de los mexicanos. En cuarenta iglesias que ya tenia México, celebrábanse diariamente mas de quinientas misas.

El mercado de Santiago Tlaltelolco se habia pasado al de San Juan; pero no se habia logrado apartar completamente la concurrencia del antiguo mercado de los tlaltelolcas, y por las tardes se reunian allí comerciantes del barrio y los alrededores. Hoy causa tristeza pasar por las callejuelas despobladas y miserables de aquel barrio de Tlaltelolco, cuyo decaimiento se habia iniciado desde principios del siglo XVII. Otro mercado que en esa época era ya de renombre, fué el de San Hipólito, en el que los miércoles y los juéves se reunian porcion de vendedores y compradores que de muy distantes lugares concurrían á ese *tianguis*. Cerca de él y mas al Oriente, veíase la alameda, plantada por D. Luis de Velasco, el segundo de este nombre, para adornar la ciudad la primera vez que gobernó; en el centro de la Alameda habia una hermosa fuente y otras de ménos vista en los demás cuadros de ese mismo paseo. En los dias de la semana en que se pasaba el mercado á San Hipólito, no lo habia en el de San Juan. A la mitad del dia era la mayor fuerza del movimiento en las plazas y concluía al llegar la noche.

Además de la Catedral habia, á principios de este siglo, dos parroquias, trece conventos de religiosos de todas las órdenes y otros trece de monjas, seis hospitales, entre ellos el de bubas y el del Marqués, construido este para que en él fueran enterrados los restos del que lo fundaba; un hospicio de los Desamparados, en el cual eran recibidos por un turno los niños que carecian de padres y habia nodrizas para que los criaran; este asilo estaba entónces bajo la direccion de los hermanos de San Juan de Dios. Al hospital de convalecientes acudian los españoles pobres que llegaban de España ú otros puntos y próxima á él estaba la casa de locos. En el hospital real de indios eran curados todos los de esta raza, y tenian sus capellanes, médicos y asistentes. Existian además el colegio de San Juan de Letran, destinado al principio para educar á los niños pobres é hijos de españoles habidos en indias; el colegio de niñas, fundado con el mismo designio, en el que tambien habia niñas nobles en la época á que nos referimos en esta narracion, saliendo de allí para casarse ó darles estado. Estos dos colegios, el uno al Poniente y el otro al Oriente de San Francisco, fueron edificados por disposicion de los frailes de esta órden.

En el tiempo que llevaban ya de poseer á México los españoles, en cerca de un siglo, habia aumentado hasta cinco el número de las calzadas, por las cuales se comunicaba la capital con la tierra-firme; la una iba hácia el Interior, pasando por

Cuautitlan, carretera que conducia á Zacatecas, cuyas minas eran ya célebres por la abundancia de plata que producian; otra habia sido formada para traer el agua de Chapultepec y se estaba concluyendo la que se llamó de la Piedad. El agua de Sta. Fé llegaba á México por arcos de cal y canto, como la de Chapultepec, que corria hasta la plaza de San Juan, en medio de la cual habia una hermosa fuente.

El aspecto de México mejoraba notablemente, á consecuencia del desarrollo que en la práctica iban alcanzando las leyes. Las parroquias de los pueblos iban repartiéndose entre los franciscanos, domínicos y agustinos; los indígenas que vivian en ranchos aislados pasaron á formar congregaciones y por lo tanto fueron inscritos en los padrones; la conquista tomaba fuerza de la civilizaci6n cristiana, que se extendia con las frecuentes predicaciones que prometian en el cielo á la raza perseguida, la tranquilidad que no encontraba en la tierra.

Apénas trascurridos noventa años de consumada la conquista, ya Veracruz y Acapulco eran emporios célebres de comercio, que crecia á medida que las conquistas llegaban á nuevas regiones y que la minería y la agricultura tomaban incremento.

Al concluir el siglo XVII, los vireyes habian formado su paseo favorito, en el bosque de Chapultepec, y era notabilísima la concurrencia de romeros á la ermita de la vírgen de Guadalupe, situada en la falda del Tepeyac, y cuya iglesia ya se habia engrandecido por la devoci6n del Arzobispo D Juan Perez de la Serna. Tres acequias principales habian quedado en la capital: la que corria por el costado de Palacio y atravesando por el convento de San Francisco iba hácia Sta. María la Redonda, la que pasando por el barrio de Monserrate corria por detrás del convento de Regina y las Carnicerías, siendo la tercera la que pasaba por el hospital de la Concepci6n, fundado por el primer marqués del Valle.

Mucho habia mejorado el aspecto de México por los esfuerzos del marqués de Guadalcázar, en cuya administraci6n fueron empedradas gran número de calles. En todas las plazas, cementerios, colegios y hospitales y en muchas casas particulares, habianse construido fuentes surtidas con agua de Chapultepec, Sta. Fé y Atzacapotzalco; pero los arrabales no perdian el aspecto sucio y miserable, continuando los indígenas en sus chozas de adobes cercadas de cañas y á orillas de las acequias. Los alrededores de México eran muy amenos, porque las alturas que lo rodean estaban pobladas de pinos, cipreses y cedros.

VI.

El desarrollo de la capital se detuvo varias ocasiones por los males que causaban la peste y el hambre: el Matlazahuatl hacia de tiempo en tiempo extragos horribles, durando alguna vez la epidemia hasta dos años. A este azote seguia el hambre por falta de brazos para las labores de los campos, sin que para nada influyeran en corregir el mal las disposiciones gubernativas, como la que eximió del tributo á la raza indígena.

Tenia México en el siglo XVII un tinte particular de nobleza, pues era tan gran-

de el número de personas nobles, que no habia calle en la que dejaran de contarse varias familias de rango principal. Tambien era de notarse que todas las dignidades de la Catedral fueran individuos graduados en dos ó tres facultades. Florecian ya en México las letras en todas las facultades, como en cualquiera ciudad europea, habiendo en la Universidad cátedras bien pagadas y servidas por doctos profesores, á las que acudia de toda Nueva-España, la juventud que deseaba acercarse á las fuentes del saber.

Entre las costumbres de ent6nces, resaltaba la de vestirse lo mas elegantemente posible los domingos, siendo de notar que en este punto, muchos plebeyos superaban á los nobles que, en su pobreza, apénas podian con el peso de las obligaciones que les trasmitieran sus antepasados; al tratar este asunto el historiador Torquemada, se expresa de la siguiente manera:

—“Yo no lo refiero sino para decir la generalidad de la abundancia de esta ciudad sobre las demás; porque en esotras de España, y otras tierras, producen las cosas de sus principios conocidos, y el oficial es oficial, y el caballero caballero; y por esta razon es conocido el oficial, tambien el día de fiesta como entre semana, y en esta ciudad de México, no; porque como decimos, saca tanta seda, oro y plata el oficial, como el muy rico caballero.”

La obra del desagüe, comenzada en 1607, de gran provecho para la seguridad de México, aunque no se habia perfeccionado y no se podia dar por definitivamente concluida, era sin embargo de grande importancia á mitad del siglo, porque quitaba á la laguna en que fué reedificada México, gran parte de las aguas que ántes ocasionaban las inundaciones; habíanse gastado en ella seis millones de pesos y los trabajos contaban cerca de cincuenta años, empleándose constantemente de quinientos á mil peones; pero ya se pretendia que las obras fueran todas á tajo abierto, no habiendo producido buen resultado el sistema de socavones.

En ese siglo, por los años de 1629 y 1630, hubo una terrible inundaci6n, y tan grande fué el estrago por ella causado, que se trató de trasladar la capital hácia el Poniente; pero habiéndose hecho el avalúo, se encontró ya con que solamente los edificios valian mas de cuarenta millones de pesos.

La Catedral, aunque no concluida en el último tercio del siglo XVII, servia ya para el culto divino, usándose las capillas de los lados; cinco parroquias de indios y dos de españoles, apénas bastaban para la administraci6n de los sacramentos. A México concurrían no solamente los negociantes de los cuarenta reales de minas, cuya plata reflua á la capital, sino tambien todos los comerciantes que hacían compras en las terias anuales de las flotas que venían de España y Filipinas.

Algunas mejoras habia tenido la Universidad hermoseedada con la plaza que estaba á su frente; entre los edificios públicos se distinguían Sto. Domingo, el convento de Jesus María, iglesia fabricada con piedra de cantería y cuyas religiosas eran capellanas del rey; San Juan de Letran que gozaba de muchas indulgencias del de Roma; el Seminario de San Ildefonso con el título del real patronato, y los colegios de *Cristus* y de Santos. La religion de San Francisco tenia cuatro con-